

los animales del desierto, donde durante siete años, se alimentó con hierba del campo, como las bestias, donde su cuerpo recibe el rocío del cielo, donde sus cabellos crecen como las plumas de las aves, y donde sus uñas se convierten en garras como las de los leones. Herodes se enorgullece complaciéndose en las alabanzas exageradas de los que le lisonjean, y que lo igualan a Dios, y Dios manda sobre él la enfermedad más repugnante e ignominiosa que contemplan sus aduladores. Cuantos ejemplos mas nos presenta la Escritura! Dios aborrece el orgullo, pues que maldice á los que son sus esclavos. Sí, el orgulloso es maldito en su memoria, porque el Señor lo seguirá con su castigo, borrando hasta el recuerdo que de él pueda tenerse, hasta los mas gloriosos: *memoriam superbiorum perdidit Deus.*—(Eccles. 11, 21) Es maldito en su entendimiento; si, pues envaneciéndose con sus pensamientos, a fuerza de querer ser sabio, se convertirá en insensato, *dicentes se esse sapientes stulti facti sunt.* (Rom. 1. 22) Será maldito en su voluntad, porque si resiste á la voluntad de Dios, la de Dios lo resistirá, lo entregará á su propia debilidad, y le rehuzará los auxilios que otorga á los humildes, *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam* (Sant. 4, 6). Será maldito en su corazón, porque no tendrá gusto en los ejercicios espirituales, permanecerá seco y árido en la oración, porque el Señor solo se comunica al que es pobre y tiene el corazón contrito y tiembla á la palabra divina. *Ad quem respiciam nisi ad pauperulum?* (Isai. 16, 2). Será maldito en sus designios, porque lejos de bendecirlos Dios, ó si los favorece por un momento, será para hacer mas ostensible su reprobación, *dispersit superbos mente cordis suis.* Será maldito en su salud y fortuna, *tabescere fecisti sicut araneam animam ejus.* (Salm. 38, 2). Será maldito en su honor, porque el orgullo precede á las caídas vergonzosas, y como dice el Señor: todo el que se quiera elevar, será deprimido, *Odibilis coram Deo superbia.*

Conocida la naturaleza, y fealdad del orgullo, asi como sus deplorables efectos, nada mas natural que procuremos huir de tal vicio, lo que conseguiremos, supuesta la gracia, con estar prevenidos sobre nuestros pensamientos, sentimientos, palabras, acciones y nuestros pasos; y supuesto que todos estamos inclinados á él, y su raíz está en nuestro corazón, pues como dice S. Francisco de Sales, que el amor propio no muere en nosotros, sino un cuarto de hora despues que hemos espirado, tengamos cuidado de cortar, sin consideracion alguna, todas las exerecencias que broten de tan funesta planta en nuestro corazón; pidámosle con fervor á Dios la virtud opuesta, la santa humildad; digámosle frecuentemente: Oh Jesus, tan dulce y humilde de corazón, haced el nuestro semejante al vuestro; recordemos los ejemplos del Salvador y los de la S. S. Virgen cuyas vidas no fueron mas que una protesta contra el orgullo y una expiación de este pecado. Que toda nuestra vida, pues, sea una protesta contra él; y en todo, como nos lo recomienda S. Pablo, tengamos la voluntad de agradar á Dios: *Non nobis, Domine. non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* Trabajemos, suframos, oremos, vivamos para la mayor gloria de Dios, con la que mereceremos oír un día esta palabra: "Bueno y fiel servidor, entrad a la alegría de vuestro Maestro."

RECTIFICACION.

En la página 131. al comenzar la Enciclica del Sr. León XIII, sobre el Centenario de Colón, á la línea 3 dice: siglo décimo cuarto; léase: siglo cuarto.

DEFUNCIONES.

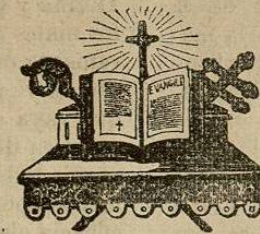
El día 12 de Junio falleció en la vicaría de Ciénega de Mata, curato de Ojuelos, el Sr. Presb. D. Martín Sánchez.

En 5 de Agosto falleció en Etzatlán el Sr. Pbro. D. Juan Linares.

El día 12 del corriente falleció en S. Pedro el Sr. Cura D. Carlos L. Dávalos, R. I. P.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Ant Imp. de N. Parga.--D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUERO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, NOVIEMBRE 8 DE 1892.

NUM. 21

SECCION I. ULTIMA ENCICLICA De nuestro Santísimo Padre LEON, PAPA XIII

POR LA DIVINA PROVIDENCIA, A
LOS PATRIARCAS, PRIMADOS,
ARZOBISPOS Y OBISPOS
Y A LOS DEMAS PRE-
LADOS ORDINARIOS EN PAZ Y
COMUNION CON LA SEDE APOSTOLICA.

Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica.

Siempre que se Nos presenta ocasion de excitar y aumentar en el pueblo cristiano el amor y el culto de la angusta madre de Dios, Nos sentimos lleno de contento y felicidad, no solamente por la excelencia y la múltiple fecundidad del asunto en sí mismo, sino porque responde dulcemente á los sentimientos más íntimos de Nuestro corazón.

En efecto, la devoción á María Santísima, devoción que, por decirlo así, Nos recibimos con la leche que mamamos, ha ido creciendo y arraigándose en nuestra alma á medida de la edad, segun íbamos viendo más claramente cuán digna de amor y veneración es aquella á quien el mismo Dios amó y prefirió desde el prin-

cipio sobre todas las criaturas, y á quien, enriqueciéndola con señaladísimos privilegios, escogió para madre suya. Las muchísimas y espléndidas pruebas de generosa bondad con que Nos ha favorecido, y que no podemos recordar sin que los ojos se Nos llenen de lágrimas de gratitud, son nuevos y poderosos estímulos para mantenernos fiel á tal devoción. Porque en las muchas, varias y difíciles circunstancias de Nuestra vida, recurrimos siempre á la Santísima Virgen, á ella volvemos amorosamente Nuestros ojos, y desahogando en su corazón temores y esperanzas, la hemos pedido siempre que se digne asistirnos piadosa como madre, y nos alcance la gracia de que podamos corresponder á su amor con un verdadero cariño filial. Elevado más tarde por inescrutable designio de la Providencia á esta Sede del bienaventurado Apóstol San Pedro, es decir, á representar en la Iglesia la Persona misma de Jesucristo, movido por la inmensa pesadumbre del cargo y desconfiando de Nos mismo, con afecto más intenso aún buscamos el divino auxilio en la maternal protección de la Santísima Virgen. Y—¡bien se alegra nuestra alma al publicarlo!—Nuestra esperanza, como en otro tiempo, pero más especialmente en el desempeño del supremo Apostolado, ni fué vana, ni estéril.

Así es que ahora, bajo los auspicios y por la mediación de la Virgen, esta mis-

cual no solamente somos levantados sobre todas las cosas humanas para ser como espectadores y partícipes de la naturaleza divina, sino que además constituye para nosotros un preciosísimo mérito para la vida eterna, tanto así, que alimenta y fortifica á la par nuestra esperanza de llegar algun dia á contemplar sin velos y gozar sin límites la esencia de la infinita bondad que ahora apenas podemos entrever y amar en la pálida semejanza de las cosas creadas.

Pero son tales y tantos los cuidados y distracciones de la vida que, sin el frecuente auxilio de la enseñanza, el cristiano desmiente fácilmente las grandes verdades que más debía conocer, verdades que la ignorancia va oscureciendo, cuando no es que destruye totalmente la fe. En su maternal vigilancia, la santa Iglesia no omite medio á fin de preservar á sus hijos de ignorancia tan funesta, y ciertamente no es el último entre los que recomienda, la practica del rezo del Santo Rosario. Por que se une en el Santo Rosario á la hermosísima y fructuosa oración ordenadamente repetida, la enunciación y consideración de los principales misterios de nuestra Religión. Así es en verdad. Primero nos recuerda los que se refieren al Verbo, hecho hombre por nosotros, y á María, Virgen inmaculada y madre, que con santa alegría desempeña con El los oficios maternos; luego los dolorosos de Nuestro Señor, sus tormentos, su agonia, su muerte, precio infinito de nuestro rescate; finalmente, los misterios de Gloria: el triunfo sobre la muerte, la Ascension al cielo, la venida del Espíritu Santo, con más la glorificación admirable de Nuestra Señora, y con la madre y el hijo, la gloria inmarcesible de todos los santos.

Esta serie de inefables misterios se trae diariamente á la memoria de los fieles y es como quedan manifiestos ante sus mismos ojos; por lo que, rezando bien el Santo Rosario, se experimenta dentro del alma una suavísima unción, como si oyéramos la voz misma de Nuestra tierna Madre celestial, que amorosamente

Nos instruye en los divinos misterios y Nos dirige por el camino de salvación. No hay exageración en afirmar que no debe temerse que la ignorancia y el error destruyan la fé en las comarcas, las familias y las naciones donde la práctica de rezar el Santo Rosario se mantenga en su primitivo honor.

No es ménos recomendable y preciosa otra ventaja que la Iglesia quiere cuidadosamente procurar á sus hijos con el Rosario, á saber, el más esmerado celo en conformar su vida á la norma de costumbres trazada en el Santo Evangelio. En efecto; si es cierto, como todos lo creen fiados en la divina palabra, que *la fe sin obras está muerta* (1), puesto que la fé vive de la caridad, y esta fecunda en buenas obras, de nada servirá al cristiano para alcanzar la vida eterna sin tener fé y sin obrar cristianamente. *¿De qué servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fé, si no tiene obras? ¿Por ventura, á este tal, la fé podrá salvarle?* (2) Antes bien ha de decirse que en el tribunal de Dios este género de cristianos son más culpables, que los infelices que ignoran la fé, porque estos tales, como carecen de la luz del Evangelio, viven como aquellos, contradiciendo sus creencias con sus obras; y su ignorancia les hace en algun modo, excusables ó ménos culpados. Así, pues, para que á la fé que profesamos corresponda con copia abundante de frutos, en los mismos misterios que va contemplando la mente, ha de inflamarse la voluntad para obrar virtuosamente.

La obra de la Redención consumada por Nuestro Señor Jesucristo, cómo resplandece maravillosamente fértil en hermosísimos ejemplos! Por exceso de caridad hácia los hombres, Dios, desde su omnipotente grandeza se humilla á la ínfima condición humana; vive entre los hombres como uno de ellos, les habla como amigo, enseña á los individuos y las multitudes y les instruye en todos los ordenes de la justicia, dejando trasparen-

[1] Ep. cat. de Santiago, II, 3.
[214.] Ib., II,

tarse en la excelencia de su magisterio el esplendor de su autoridad divina, á todos se acerca benéfico; compasivo como padre, cura á los que sufren de los males del cuerpo, y más todavía les remedia los del alma, y llama amorosamente á los oprimidos y atribulados, diciéndoles: *Venid á mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviare* (1). Y cuando nos estrecha sobre su corazón y descansamos en él, nos infunde aquel místico fuego que El trajo del cielo á la tierra; nos comunica piadoso la mansedumbre y humildad que en El se atesora, para que gocen nuestras almas de aquella paz celestial que sólo El puede y quiere darnos: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallareis el reposo para vuestra alma.* (2).

Con tanta luz de celestial sabiduría, con tan gran número de beneficios como venía á hacer á los hombres, no solamente no consigue su amor, sino que se atrae el odio, la injusticia, la crueldad humanas, y, derramando toda su sacratísima Sangre, espira clavado en una cruz, aceptando gustoso la muerte para dar vida á los hombres.—Al recordar memorias tan tiernas no es posible que el cristiano no se sienta hondamente conmovido de gratitud hácia su amantísimo Redentor; y el ardor de la fé, si ésta es como debe ser, que ilustra el entendimiento del hombre y le toca en el corazón, le excitará á seguir sus huellas hasta prorrumpir en aquella protesta tan digna de un San Pablo: *¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será la tribulación? ¿ó la angustia? ¿ó el hambre? ó la desnudez? ¿ó el riesgo? ¿ó la persecución? ¿ó la espada?* (3) *Yo vivo, ó más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí* (4).

Para que la humana flaqueza no se acobarde con los altísimos ejemplos del hombre Dios, á la vez que los misterios del Hijo, se nos ofrece la contemplación de los de su Santísima Madre, que aun-

(1) San Mateo, XI, 28.—(2) San Mateo XI, 29.—(3) Romanos, VIII, 35.—[4] Gálatas, II, 20.

que nacida de la regia estirpe de David, nada le queda del esplendor y riquezas de sus mayores. Vive ignorada en humilde ciudad, y en casa más humilde todavía, contenta con su pobreza y soledad, en que su alma puede más libremente elevarse á Dios, su amor y suma delicia. Pero el Señor es con ella y la llena y hace dichosa con su gracia; y de ella, á quien se lo anuncia el celestial mensajero, deberá nacer en carne humana por obra del Espíritu Santo, el esperado Redentor de las gentes. A tanta exaltación, cuanto mayor es su asombro y más engrandece el poder y la sabiduría del Señor, tanto más profundamente se humilla, recogiendo dentro de sí misma; mientras queda hecha Madre de Dios, ante El se confiesa y ofrece por devotísima esclava suya.

Como lo ofreció santamente con pronta generosidad, comienza aquella comunidad de vida que deberá perpetuarse con su divino Hijo, así en los dias de gozo como en los de dolor; y alcanzará de este modo gloria tan subida que ningun hombre ni ningun ángel le aventajarán nunca, porque ninguno se le comparará en la virtud y los méritos. Será reina del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres, porque será reina de los martires. Se sentará en la celestial Jerusalem al lado de su Hijo, ya que constante en toda la vida y singularmente en el Calvario, bebió con Jesús el amargísimo cáliz de la Pasión.—Ved, pues, como la Bondad y la Providencia divinas nos muestran en María el modelo de todas las virtudes formado expresamente para nosotros; y al contemplarla y al considerar sus virtudes, ya no nos sentimos cegados por el esplendor de la infinita magestad, sino que, animados por la identidad de naturaleza, nos esforzamos con más confianza á la imitación.

Si implorando su socorro nos entregamos por completo á esta imitación, posible nos será reproducir en nosotros mismos algunos rasgos de tan gran virtud y perfección, y copiando siquiera aquella su completa y admirable resignación á la voluntad divina, podremos seguirla por

ma esperanza se levanta más confiada y ardorosa para obtener por su intercepción mayores bendiciones y gracias que produzcan dichosamente la salud de la cristiana familia, juntamente con la mayor gloria de la santa Iglesia. Oportuno es, por consiguiente, Venerables Hermanos, que renovando por vuestro medio Nuestros consejos, excitamos á todos Nuestros Hijos, á fin de que el próximo mes de Octubre, consagrado á nuestra Reina y Señora del Rosario, se celebre por todos con el aumento de fervor que exigen las necesidades, cada vez más apremiantes y angustiosas.

Sabido es de todos por qué abundancia y variedad de medios corruptores la malicia del siglo se esfuerza arderamente en disminuir y, si pudiera, destruir enteramente en las almas la fé cristiana y el respeto de la ley divina, que alimenta y hace fructífera á la fé; de tal modo que podría decirse que el soplo de la ignorancia, del error y de la corrupción, se extiende funesto por doquier, esterilizando y desolando el campo evangélico. Y lo más triste de todo es que, esa tan perniciosa y desvergonzada audacia, en vez de ser reprimida y castigada por quienes pueden y tienen estrecha obligación de hacerlo, encuentra en ellos indiferencia y hasta protección para proseguir su obra devastadora.

Síguese de qué cuán justamente hay que lamentar que deliberadamente se arroje á Dios de las escuelas públicas, cuando en ellas no se ve blasfemado, y que se dé impúdica licencia para imprimir y decir cuanto se quiera en afrenta de Cristo y la Iglesia Católica. Ni hay menos motivo para deplorar el abandono y tibieza con que se va mirando por muchos la práctica de los deberes cristianos, lo cual, si no es franca apostasía, es en realidad una inclinación hácia ella, por lo mismo que la comun norma de vida cada vez va apartándose más de los preceptos de la fé. No es, pues, maravilla que con tanta ruina y perversion las naciones giman bajo la diestra justiciera

del Señor y tiemblen consternadas ante el temor de mayores desventuras.

Para aplacar á la ofendida Majestad Divina y poner el oportuno remedio á los males que lamentamos, no hay seguramente medio más adecuado que la ferviente y perseverante oración, siempre que vaya unida, por supuesto, á la celosa práctica de la vida cristiana, para conseguir todo lo cual estimamos singularmente oportuno el Santo Rosario, cuya eficacia claramente se ve cuánta sea en su conocidísimo origen, hermosa página de la Historia que muchas veces os hemos recordado.

Cuando la secta de los albigenses, llena de aparente celo por la integridad de la fé y la pureza de las costumbres, las escarnecía públicamente y en muchas comarcas labraba la perdición de los fieles, la Iglesia combatió contra todas las torpísimas formas de aquel error sin más armas ni otras fuerzas que la del Santo Rosario, cuya institución y predicación fué inspirada al glorioso Patriarca Santo Domingo por la Santísima Virgen. Por tal medio la Iglesia salió victoriosa, y como en aquella tempestad, la Iglesia ha podido despues, con triunfos siempre espléndidos, proveer al bien comun. Pero las circunstancias actuales, circunstancias que lamentan todos los buenos, que son tan tristes para la Religion y tan nocivas para la sociedad, conviene de un modo especialísimo que, unidos todos en concordia de pensamiento y acción, supliquemos é instemos á la Virgen Santísima por medio del Santo Rosario, á fin de experimentar en nosotros mismos sus potentísimos efectos.

Recurrir á María Santísima es recurrir á la Madre de la Misericordia, dispuesta de tal modo en nuestro favor que, cualesquiera que sean nuestras necesidades, y especialmente las del alma, movida por su misma caridad y aun adelantándose á nuestras súplicas, nos socorre siempre y siempre nos infunde los tesoros de aquella gracia con que desde el principio la ordenó Dios para que fuera digna

Madre suya. Entre todas las demás, especialísima prerrogativa es la que coloca á la Santísima Virgen encima de todos los hombres y de todos los ángeles, y la que la acerca á Dios: "Gran cosa es en cualquier santo que tenga tanta gracia que bastase para la salvacion de muchos; pero cuando tuviese tanta que bastase para la de todos los hombres, esto constituiría máxima virtud, como fué en Cristo y en la Virgen María," (1) Así, pues, cada vez que la saludamos con la salutacion angélica, y repitiéndola, tejemos en honor de la Virgen una devota corona, verdaderamente no se puede decir cuán grato es á sus ojos nuestro obsequio. Con aquel saludo la recordamos su exaltacion sublime y el principio de nuestra salud en la encarnacion del Verbo, y al mismo tiempo su divina é indisoluble unión con las alegrías y dolores y con las humillaciones y los triunfos de su Hijo Jesús en el gobierno y la santificación de las almas. Que si en su inmensa bondad quiso El parecerse tanto á los hombres que se llamó y se presentó como Hijo del Hombre, y, por consiguiente hermano nuestro, y á fin de que brillara más su misericordia, "debió en todo asemejarse á sus hermanos para ser misericordioso," (2) del mismo modo la Virgen Santísima, que fué elegida para ser Madre de Jesucristo, que es nuestro hermano, tuvo entre todas las madres la mision singularísima de manifestarnos y derramar sobre nosotros su misericordia. De aquí se sigue que, así como somos deudores á Cristo de habernos comunicado en cierto modo su propio derecho para llamar padre á Dios, y tenerle por tal, también le somos deudores de habernos comunicado benignamente el derecho de llamar madre á María Santísima y de tenerla por tal. La misma naturaleza ha hecho dulcísimo este nombre y ha señalado á la madre como tipo y modelo del amor previsor y tierno; pero aunque la

(1) Santo Tomás, opúsculo VIII, *super salutem angelicam*.

(2) San Pablo á los Hebreos, II, 17.

lengua no acierta á expresarlo, las almas piadosas experimentan y saben lo que esa ardiente llama de caridad es en María, nuestra Madre, no segun la naturaleza sino por Jesucristo.

María conoce todos nuestros negocios, sabe los auxilios que necesitamos, vé los peligros públicos ó particulares que nos amenazan, y los trabajos que nos aflijen; pero singularmente descubre los terribles enemigos con quienes tenemos que luchar para la salvacion de nuestras almas. Y en todas estas pruebas y peligros, cualesquiera que sean, María puede eficazmente, y desea ardientemente venir en auxilio de sus amados hijos, por lo cual hemos de acudir á María alegres y confiados, invocando esos lazos maternales que la unen á Jesús y á nosotros. Invoquemos su socorro humilde y devotamente, y valiéndonos de la oracion que ella misma nos ha enseñado, y que tan agradable la es, y abandonémonos con corazón gozoso y confiado en los brazos de nuestra mejor Madre.

A las ventajas que procura el Rosario en virtud de la misma oracion que lo compone, se añade otra, ciertamente bien noble que consiste en el facilísimo medio que proporciona de enseñar las principales verdades de nuestra santa fé— Por la fé se acerca directa y seguramente el hombre á Dios y aprende á reconocer con el corazón y el entendimiento la unidad y la majestad inmensa de su naturaleza, y su universal dominio, y lo sumo de su saber, poder y providencia, *por cuanto el que llega á Dios debe creer que Dios existe y que es remunerador de los que le buscan* (1). Mas desde que el Verbo se hizo carne y se nos mostró visiblemente vía, verdad y vida, es necesario que nuestra fé abrace los altos misterios de la angustísima Trinidad de las Personas y del Unigénito del Padre, hecho hombre. *La vida eterna consiste en conocerte á ti, solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien tú enviaste* (2). Inestimable beneficio de Dios es esta fé, por lo

(1) A los Hebreos, XI, 9.

(2) San Juan, XVII, 3.